

Pereira reúne sus 40 años de poesía

ANTONIO LUCAS

En el territorio apretado del, cuento, en ese desbarrancadero de historias que se resuelve en un puñado de folios, sobresale Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, León, 1923) como uno de los autores que más lejos ha lanzado la piedra de la imaginación de entre los escritores de la segunda generación de posguerra -la primera la encabezaría Cela-, el canto rodado de la fantasía, la garlopa del humor, desde una escritura sin más doping que las cosas de la tierra, sin más anzuelo que el que da el observar la vida con la palma de la mano de visera, serenamente, buscando comprender entre la reflexión y unas gotas de humor.

En la narrativa ha levantado Pereira su coto vedado, pero sin dejar de lado su primera vocación en las letras, la poesía, a la que ha sido fiel, casi en secreto, mucho en silencio, durante algo más de 40 años. De esta aventura pocos saben, de ahí que la recuperación de su obra en verso por la editorial Calambur sea el reencuentro con una poesía de herramientas sencillas, rigurosa, despojada, bajo el título de *Meteoros (1962-2006)*.

«Este reencuentro con mi poesía me ha reconfortado», dice Pereira, «He visto por vez primera en un solo volumen todo aquello que yo considero que se puede mostrar. Incluso diría que he encontrado cosas que no están mal, al menos a mí me sirven».

HONDURA MORAL

En todo el tiempo que reúne *Meteoros*, la escritura de Antonio Pereira ha pasado por distintos frentes: las tentativas iniciales en *El regreso*, que consiguió el Premio Adonais; la mirada cívica, la hondura moral y un cierto compromiso, como en el libro *Del monte y los caminos*; el amor por Portugal y la asimilación de su saudade, puesto en claro en *Cancionero de Sagres*. Y así, después de publicar *Una tarde a las ocho* y *Memoria de Jean Moulin*, este volumen echa luz sobre su último conjunto de poemas, inédito hasta ahora, *Viva voz*.

«De algún modo, siempre he sido un solitario en poesía. Empecé a publicar tarde y eso me alejó de las antologías y los grupos generacionales», afirma. Pero lo tomó como una punta de libertad para ir haciendo su propio camino, alimentándose de los

clásicos, buscando la música del romance, la palabra con que hablar a las gentes.

«Todo cuanto escribo, lo supe desde el principio, es poesía o, al menos, tiene vocación de serlo. Está presente en mis relatos como lo está también en mis novelas», subraya. Sus últimos poemas, los que cierran *Meteoros*, son ya la reflexión honda de quien echa la vista atrás y entiende la vida como un oficio que sin haberse cumplido aún, está bien andado. «Hace ya muchos años que estoy de vuelta en Ítaca» o «Mi corazón es pródigo como un cerezo enloquecido por el verano», escribe, Aunque Pereira esté ya en las playas de Ítaca, por dentro le sigue corriendo el viaje, a la manera de las palabras.